MANUEL DE L'HOTELLERIE FALLOISSE

# AMOR Y POESÍA

COMEDIA

en un acto y dos cuadros, en prosa y verso, original





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

# AMOR Y POESIA

# AMOR Y POESÍA

COMEDIA

en un acto y dos cuadros, en prosa y verso

ORIGINAL DE

MANUEL DE L'HOTELLERIE FALLOISSE

Premiada en juicio público en el quinto concurso de obras dramáticas celebrado por la Sociedad **El Teatro** y estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid, con extraordinario éxito, el día 2 de Marzo de 1910



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

Al maestro de la literatura

# D. Jacinto Benavente

---

*Mi querido maestro: Usted escogió esta obra para que el público la juzgase, y el público la juzgó premiándola.*

*A usted, pues, en primer lugar debo gratitud y lo menos que puedo hacer para expresarle agradecimiento, es dedicarle este modesto trabajo.*

*Acéptelo, pues, como testimonio del sincero afecto que le profesa su agradecido admirador y amigo*

Manuel de L'hotellerie.

# REPARTO

| | Sociedad El Teatro | | Coliseo Imperial | |
|---|---|---|---|---|
| FLORA............. | Srta. | Llopis. | Srta. | Asquerino. |
| TERESA............ | Sra. | Lara. | Sra. | Santoncha. |
| LORENZA.......... | Srta. | Quero. | | Beltrán. |
| CARLOS............ | Sr. | Mora. | Sr. | Soto. |
| GENERAL.......... | | Picazo. | | Aguado. |
| ANICETO.......... | | Ríos. | | Isbert. |

La escena, el prólogo, telón corto de campo; á la izquierda fondo, un asiento.—La acción, en el jardín de Quinta Julia (propiedad del autor) en Navarra

## Caracter de los personajes:

Flora, 18 años, traje de labradora navarra.
Teresa, 60 años, traje decente de casa.
Lorenza, 40 años, traje de labradora navarra.
Carlos, 24 años, traje elegante de casa.
General, 60 años, traje elegante de casa.
Aniceto, 46 años, traje de guarda jurado.

# ACTO UNICO

## PRÓLOGO

Telón corto de campo; á la izquierda fondo, un asiento

CARLOS, saliendo por la derecha triste

¿A qué templar mi lira, á qué mis cantos
han de esparcir ¡oh, Dios! su melodía,
si no hay para mí encantos,
ni tiene el cielo albor, ni luz el día?
¿A qué en acordes metros mis pesares
he de decir yo triste, si entre enojos
se ahogarán mis cantares
con el raudal continuo de mis ojos?
¡Oh, triste inspiración! ¡Oh, musa amada!
Volaron ya los tiempos de ventura;
ya en mí no queda nada,
nada, sino recuerdos de amargura.
Mi corazón marchito, sin amores,
quedó sin fuerza ya, ni poderío,
cual las sencillas flores
que mata con su ardor el seco estío.
Sólo recuerdos, penas y quebrantos,
y eterno padecer serán mis días,
y envueltas entre llantos
quedarán de mi ser cenizas frías.
Adiós, por siempre; adiós, ¡oh, lira amada!
templarte ya no puedo, fuera en vano;
pues al ser hoy pulsada,
se asusta el corazón, tiembla la mano.
Adiós, mi lira, adiós; que acongojada

vase el alma del mundo fementido;
tú quedas olvidada
y yo con mis dolores confundido.
(Pausa.)
Mas... á qué he de dejarte, si no puedo
vivir yo sin cantar; pasan los años
y el corazón, que ledo
era en sus desengaños,
yerto quizá quedara
si en medio de sus duelos no cantara.
Un día mis acentos de ventura
sonaron por do quier; era felice;
hoy canto mi amargura,
y el eco de mi triste canto, dice,
que las hermosas dichas que pasaron
en lágrimas amargas se trocaron.
*El corazón humano en esta vida, (1)
*una lira es no más, cuyos acentos
*al ánima afligida
*da penas ó contentos,
*ó bien esparce flores
*ó llanto hace brotar con sus dolores.*
Yo, que cuento los días por mis penas,
que sólo en el ocaso al sol lo miro,
que vivo entre cadenas,
y que cada palabra es un suspiro,
quiero morir cantando,
ya que siempre he vivido suspirando.
*Ven, pues, mi lira, ven; Dios es inmenso
*y el alma á su poder queda sujeta;
*mi canto será incienso
*que á Dios dará el poeta;
*¡oh! bienaventurados los que lloran,
*díjoles á los hombres que le adoran.
*Llorando cantaré, misión divina
*á que está destinado el peregrino
*que al sepulcro camina;
*siga, pues, mi destino,
*que yo quiero morir, morir cantando,
*ya que siempre he vivido suspirando.*
(Marcha hacia la izquierda y telón pausado.)

(1) Lo marcado con asteriscos en toda la obra, queda á voluntad del actor decirlo ó no.

Foro, verja con puerta. Derecha del espectador dos puertas; la del primer término da paso á las habitaciones de Carlos; la del segundo á las del General; á la izquierda, primer término, puerta que da paso á las dependencias; segundo término, paseos de la quinta. Es de día, por la mañana temprano, en verano.

## ESCENA PRIMERA

TERESA, cosiendo en el jardín, y el GENERAL, entrando derecha segundo término. Una mesita y bancos rústicos

GEN. Buenos días, Teresina.

TER. Felices los tenga usted.

GEN. (Sentándose.) ¿Pero todavía no se ha levantado Carlos?

TER. Ya hace rato salió con dirección al estrecho.

GEN. No sabe andar por otro camino.

TER. Si de esa manera se distrae... De todos modos nadie puede quitarle sus rarezas.

GEN. Es verdad. ¡Lástima de chico! La dichosa poesía, sus sueños, su amor quimérico le tienen trastornado. Yo creo, Teresa, que tu señorito está loco ó poco le falta.

TER. No diga usted eso, señor General. No niego que tiene sus rarezas, pero eso no es motivo para considerarle falto de razón.

GEN. ¿Pues quién más que un loco hace lo que él?

TER. En verdad.

GEN. Rico, joven, instruído, de noble estirpe, y se encierra en esta quinta rodeado de almendros, *teniendo por todo panorama una *charca que llaman laguna y no escuchando *más que el canto de las codornices en ve- *rano y de las tordas en invierno* y apartado de la humanidad.

TER. Eso es cierto.

GEN. Escribe que te escribe versos de amor; *que *indudablemente debe romper después de *escritos, pues de lo contrario, tendría segu- *ramente un almacén enorme de papeles.*

Esto, Teresa, no me negarás que es una verdadera locura.

TER. Pero si su placer es vivir así, si en esta clase de vida halla goce, ¿por qué hemos de censurarle? Usted, como es un calaverón, pretende que todos le imiten.

GEN. No es eso, Teresa. Yo quiero á Carlos como á un hijo, sólo deseo su dicha, y como aquí no es dichoso—por más que él diga otra cosa—mi afán es retirarlo de estos lugares, donde poco á poco va perdiendo la salud.

TER. Y llevarlo á Madrid, donde además de la salud, le haga usted perder el alma.

GEN. ¿Tan malo me crees?

TER. ¡Qué sé yo! Mi cariño hacia Carlos es de madre, pues desde que me llamaron á Madrid para criarlo, no me he separado de él.

GEN. No lo dudo.

TER. Al morir sus padres me encargaron mucho su cuidado, y yo, que procuro por su dicha, al verle á punto de morir en Madrid, hice que nos trasladásemos á esta quinta.

GEN. Pero, infeliz, si mi propósito es hacerle viajar, proporcionarle distracciones nuevas. ¿Crees acaso que yo no quiero á Carlos?

TER. No puedo dudarlo. Fué usted compañero de su padre, mi buen amo, y le conozco demasiado para dudar.

GEN. Entonces...

TER. Es solo que, con el mejor deseo, pero dejándose usted llevar por el afán de los placeres, (Marcado.) empuja usted á Carlos por el sendero contrario á sus inclinaciones, y claro, él se mortifica, se violenta, sufre, y su sensible corazón padece, sin comprender usted que lo asesina.

GEN. ¡Pero Teresa!

TER. Ya sabe usted que desde la muerte de sus padres, no es el Carlos de antes; ayer todo alegría, hoy todo tristeza.

GEN. Gran impresión le produjo la muerte, sobre todo la de su padre.

TER. Como que le encontramos privado el sentido y ya no ha sido hombre. Déjelo usted,

pues, en paz, y siga usted solo con sus costumbres licenciosas.

GEN. Ya veo, Teresa, que me tienes en un concepto admirable. (Con burla.) ¿Conque licencioso?

TER. Y mucho. Ya sabe usted que no ignoro sus locuras. ¡Un hombre cinco veces casado!...

GEN. Y no han sido más porque no me gustan las cosas con exceso.

TER. Y cuyas cinco esposas fueron cinco ángeles...

GEN. Lo que prueba dos cosas: primera, que he sabido vencer cinco veces la mayor dificultad para el hombre, ó sea, tropezar con ángeles; y segunda, que no seré tan malo cuando los ángeles han repetido la suerte.

TER. Claro, no dejándome hablar...

GEN. Dí, mujer, dí, ya sabes te lo tolero todo.

TER. ¿De qué murieron sus esposas de usted?

GEN. Creo que de muerte natural, pues no pretenderás decir que las asesiné.

TER. Murieron llenas de pena, al ver las frivolidades y la falta de cariño que para ellas tenía usted.

GEN. Vaya, Teresa, que tú también estás algo contagiada de Carlos y dices necedades.

TER. ¿También fué necedad lo que hizo usted con aquella muchacha de Ablitas?

GEN. Una locura de joven. ¡Pobre Nicolasa!

TER. Hacerla consentir en que se casaría usted con ella y luego ahí te quedas. Y menos mal si no dejó usted rastro.

GEN. ¿Sabes tú algo? (Con afán.)

TER. Nada sé. Yo falto de aquí hace dieciocho años, y como no hace más que cuatro días que he regresado, no he tenido tiempo de saber nada. Pregunte usted.

GEN. ¿Yo? ¿A quién? No conozco á nadie. ¡Qué recuerdos has evocado, Teresa!

TER. Mucho le ha impresionado el recuerdo de Nicolasa. Dios quiera que no sea usted más malo de lo que yo le juzgo.

GEN. (Aparte.) ¿Qué sería de ella?

TER. (Mirando.) Ahí viene Carlos.

## ESCENA II

DICHOS y CARLOS foro

CAR. ¡Caramba, mi General, qué madrugador!

TER. Ya me ha dado buena tabarra.

GEN. Estas viejas son muy descontentadizas. En lugar de agradecer mi compañía, ya ves cómo me trata.

CAR. No le haga usted caso, General. La pobre Teresa le quiere por más que otra cosa crea usted. Y qué, ¿todavía no ha venido Flora?

TER. No puede tardar con la leche. Entretanto llega, les prepararé el chocolate.

GEN. Sí, Teresa, sí, y no olvides que á mí me gusta muy espeso. (Mutis Teresa, izquierda primer término. A Carlos.) ¿Y qué tal te encuentras hoy? Pareces más satisfecho.

CAR. En cuanto á lo primero, General, me encuentro como de costumbre. Respecto á lo segundo, es fácil se equivoque usted.

GEN. Eres incomprensible. Sueñas tal vez vivir en una época que no existe, y esto no es conveniente, querido Carlos.

CAR. Hombres hay que viven en lo pasado y los hay también que viven en lo porvenir.

GEN. (Aparte.) Ya tenemos filosofía.

CAR. Unos y otros condenan lo presente. Aquellos ensalzan lo que fué, estos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas.

GEN. ¡Caramba, chico, eres un filósofo.

CAR. Un soñador, como todos me llaman; un poeta, y como tal, alimentando mi ser de ilusiones. Momentos habrá que me llamarán loco, y es posible lo esté, solo que mi locura no la comprenden todos. (Medita.)

GEN. (Aparte.) ¡Lástima de chico! (A Carlos.) ¿Y qué piensas hacer?

CAR. ¿Qué quiere usted que le diga? Que por ahora pienso continuar en mi quinta, don-

de si no encuentro lo que soñé, al menos hallo relativa tranquilidad.

GEN. ¿Y no te gustaría venir á Suiza una temporada?

CAR. No, mi General. Deseo continuar aquí. (Con misterio.)

GEN. Tú te entiendes.

CAR. En efecto, yo me entiendo.

GEN. Pues te acompañaré unos días y marcharé después á mis correrías de verano. Solo, rico, ¿qué he de hacer? Pero cree, siento dejarte solo.

CAR. El estar solo no es nuevo para mí.

GEN. Yo creo, Carlos, que tienes que afligirte pensando en tu solitario estado.

CAR. No me afligen presentimientos tristes, ni me deslumbran ilusiones halagüeñas.

GEN. Entonces eras un marmolillo.

CAR. El ayer tiene para mí su amargura, es cierto; el hoy lo soporto resignado; el mañana no me asusta. (Aparece Teresa con el chocolate, que colocará en el velador.)

GEN. Muy bien; pero aquí tenemos el chocolate que es más positivo que tus filosofías.

TER. El desayuno. Solo que lo terminarán ustedes con agua, pues Flora no parece con la leche.

## ESCENA III

DICHOS y FLORA foro, con una lechera

FLORA Muy buenos días.

GEN. Más puntual...

TER. Vamos, hija, no te retardes tanto otro día. (Tomando la lechera y sirviendo leche en los vasos.)

CAR. No es tarde, Teresa. Los madrugadores somos nosotros.

GEN. (Aparte.) Es bonita la chiquilla.

CAR. ¡Ea, á desayunar! (Moja un bizcocho y lo presenta á Flora, y esta lo toma.) Ahí tienes el remojón de costumbre.

FLORA Gracias, mi amo.

CAR. Ya te dije no me llames amo. Dime señorito Carlos.

FLORA Es que no me he acordado. Perdone usted que no lo diré más.

GEN. Oye, rapaza, ¿se ven muchas codornices por los sembrados?

FLORA Sí que hay bastantes este año.

TER. Hoy tienen ustedes para principio.

CAR. Si quiere usted cazarlas, aquí no es difícil.

FLORA Ayer mató padre veinte.

TER. Todas están en la cocina.

FLORA Si no mandan ustedes otra cosa, me marcho. Tengo que sacar las ovejas al prado.

CAR. Puedes irte, Flora.

FLORA Pues hasta la tarde. (Canta.)

La Virgen del Puik de Estella
le dijo á la del Pilar
si tú eres aragonesa
yo soy navarra con sal.

(Se va perdiendo la voz á lo lejos.)

GEN. Adiós, chiquilla.

TER. Es un angelillo. (Después de cantar Flora.)

GEN. ¿Es hija de algún colono?

TER. Del guarda-bosque de la quinta.

CAR. Es un fiel servidor. Yo le quiero mucho.

GEN. Es muy linda.

TER. A ver si piensa usted aun completar la media docena.

GEN. No sería ningún disparate.

CAR. Siempre está usted de buen humor, General. (Se levanta y Teresa recoge y se marcha con el servicio izquierda.)

GEN. El buen humor, Carlitos, es una gran parte de la felicidad. (Enciende una pipa.) ¡Lástima que no pienses de otro modo teniendo tan superior inteligencia!

CAR. Hay bastantes cabezas que son libros, y hasta bibliotecas, pero pocas inteligencias.

GEN. Vaya, Carlos, déjate de filosofías.

CAR. El pensar es un misterio, el hablar es un misterio, el hombre es un abismo.

GEN. Creo, muchacho, que si tomase en serio tus cosas, acabaría por perder mi buen humor.

CAR. No me extrañaría. Pero consiste en que usted no piensa ni siente.

GEN. ¿Que no pienso ni siento?

CAR. Nuestro corazón es un magnífico instrumento, solo que se ha de afinar y tocar. Usted se ocupa poco del suyo.

GEN. No me he fijado nunca en ello. Lo que sí sé es que jamás he dejado de estar alegre. Luego mi corazón, ó sea el instrumento, como tú le llamas, nació muy afinadito y tocando alegremente, y con seguridad que no se ha desafinado nunca, porque sigue tocando del mismo modo.

CAR. Alegrías y solo alegrías. No es propio de una causa grande. Por eso dijo Balmes: «La naturaleza...»

GEN. ¿Sabes lo que dijo Balmes? Pues dijo: Hay entendimientos que tienen la desgracia de verlo todo al revés. Guardaos de disputar con ellos. ¿Conque vienes á dar un paseo? Eso te conviene más que escribir versos y lanzar cantos de amor á seres imaginarios. Tú, todo poesía y amor. Yo, todo prosa y buena mesa. Créeme, Carlos, mi modo de pensar es más positivo que el tuyo, por sublime que este sea. ¿Conque vienes?

CAR. No puedo ahora. He de terminar una poesía, tal vez la última. (Misterioso.)

GEN. Pues yo daré una vuelta y luego regreso. Conque hasta después.

CAR. Que se divierta usted mucho.

GEN. (Aparte.) Vamos á ver á Flora. ¿Quién sabe si todavía me animaré? (Mutis foro derecha.)

CAR. Todos iguàl. Me llaman loco porque no pienso como ellos. ¡He sufrido tanto! Mi único consuelo son: el amor con que sueño y la poesía de mis cantos. ¡Amor y poesía! ¡Pero qué diferente de como la sienten los demás! (Pausa.) Tal vez Flora...

## ESCENA IV

CARLOS y ANICETO foro izquierda

ANIC. ¿Da su permiso el señorito?
CAR. ¡Ah! ¿Eres tú? Adelante.
ANIC. (Aparte.) ¡Siempre triste! (A Carlos.) Pues venía á decirle al señorito si ha de salir hoy á caballo.
CAR. No pienso salir.
ANIC. Entonces llevaré el Careto al prado.
CAR. Sí. Mejor estará allí el pobre animal.
ANIC. Si no manda usted otra cosa...
CAR. Ya te darás una vuelta por aquí más tarde.
ANIC. Está muy bien.
CAR. ¿Y Flora?
ANIC. Como siempre, con sus ovejas y sus flores.
CAR. Es muy buena, ¿verdad?
ANIC. Un angelillo. Desde que usted está en la quinta, todo su afán es cebar las ovejas para que produzcan mejor leche, y arreglar los ramos de flores para la mesa, porque sabe que gusta usted de ambas cosas. Dice que todo es poco para quien nos da de comer.
CAR. En verdad que es un consuelo para ti.
ANIC. Muy grande, señorito. Nosotros la queremos como si fuese hija nuestra.
CAR. (Con precipitación.) ¿Flora no es hija vuestra?
ANIC. No, señor. El único hijo que Dios nos concedió murió al nacer, y mi Lorenza, compadecida de la orfandad de Flora, cuya madre, engañada por un canalla, murió al dar á luz á esa desgraciada, la recogió y crió, educándola en el próximo convento, y ya no se ha separado de nosotros, creyendo somos sus padres.
CAR. La eterna historia. Dos seres que se tropiezan en el camino de la vida. El uno, débil, sensible, inocente. El otro, fuerte, ardiente, malicioso. El primero que cree, y el segunde que engaña. Dos cuerpos que se juntan,

dos almas que se envilecen. Un deseo satisfecho que pasa y un remordimiento que queda. Después... un reguero de lágrimas que, por muchas que sean, no pueden lavar la mancha, y una conciencia agitada que mortifica y ahoga. Más tarde, otro ser que nace llorando sin el calor de un padre, llorando crece, y morirá llorando y maldiciendo tal vez á los que le dieron la vida. (Pausa.) ¡Qué coincidencia! Marcha, mi buen Aniceto, y cuando vuelvas, si aquí no estoy, búscame en el despacho, tenemos que hablar. (Mutis derecha primer término.)

ANIC. Así lo haré. ¡Pobre señorito! Me da mucha pena verle tan triste siempre. Yo creo que se debía casar. ¡Tantas mujeres como hay en el mundo esperando acomodo!...

## ESCENA V

ANICETO y GENERAL por foro

GEN. ¡Hola, montero mayor! (Jocoso.)

ANIC. Buenos días, mi General.

GEN. Pensaba pasear, pero aprieta mucho el calor y me vuelvo.

ANIC. Fuerte viene el día.

GEN. ¿Y qué te trae por aquí?

ANIC. Pues hacer una pregunta al señorito.

GEN. ¿Y le viste ya?

ANIC. Sí, señor; y si otra cosa no ordena usía...

GEN. Aguarda. (Aniceto espera.) ¿Cuántos años tiene Flora?

ANIC. Diez y ocho los que cumpla.

GEN. ¿Tiene novio?

ANIC. Es muy joven todavía.

GEN. ¿Qué te parecería á ti si se le presentase un marido rico, noble .. aunque la edad fuese... algo mayor que la suya?

ANIC. ¡Qué cosas tiene usía! Lo primero, que es muy difícil que un rico se fije en una pobre labriega para hacerla su esposa, y segundo,

que aunque así fuese, yo no dispongo del corazón de Flora.

GEN. Mira, Aniceto; aunque parezco viejo, no me considero incapaz de hacer feliz á una muchacha.

ANIC. ¡Pero señor! ¿Aun piensa usía en casarse?

GEN. ¿Y por qué no? Tengo mucha costumbre. Si tu hija me quisiera...

ANIC. Pero mi General, ¿lo ha pensado usted bien? Me deja usted asombrado. Yo no sé qué decirle. Además, Flora no es mi hija.

GEN. ¿Que no es hija tuya?

ANIC. No, señor. La recogimos al quedarse sin madre.

GEN. ¿Y su padre?

ANIC. (Tétrico.) ¡Su padre! Nadie en Ablitas sabe quien fué. (El General se queda pensativo.)

GEN. ¿Nació en Ablitas?

ANIC. Sí, señor.

## ESCENA VI

DICHOS, TERESA, izquierda primer término

TER. ¿No está Carlos?

GEN. (Contrariado.) Debe estar en su despacho. (Teresa se pone á recoger unas ropas tendidas.)

ANIC. Yo me retiro.

GEN. Adiós, Aniceto. (Aparte.) Tenemos que hablar.

ANIC. Cuando usía guste. (Sale Aniceto foro mirando al General y demostrando conocer algo.)

TER. A ver donde querrá hoy almorzar.

GEN. (Preocupado y como hablando consigo mismo.) ¡Qué cosa más particular!...

TER. (Creyendo le contesta á ella.) No creo tenga nada de particular el preguntar...

GEN. Tienes razón, Teresa; quedé preocupado y no me fijé eras tú la que preguntabas.

TER. Ahora sí que soy yo la que exclama: ¡Qué cosa más particular estar usted preocupado!

GEN. Pues aunque te sorprenda, Teresina, puedes creer que me preocupé. Mira (Mirando á la derecha.) aquí llega tu señorito.

## ESCENA VII

DICHOS y CARLOS, derecha primer término con un papel en la mano

CAR. Me alegro, General, se halle usted aquí. Creí estaría usted paseando.

GEN. Tuve miedo al calor. ¿Y tú que hacías?

CAR. Terminando esta composición. ¿Quiere usted oirla?

GEN. La escucharé con gusto, aunque supongo será tan tétrica como todas las tuyas.

CAR. Es mi estilo. (A Teresa.) Tú, Teresa, llégate al pradillo y di á Flora que se acerque por aquí.

TER. Voy al momento. (Aparte) Parece otro mi señorito. (Mutis foro.)

GEN. Vamos á ver tu última lágrima, porque supongo que acabaremos llorando como de costumbre.

CAR. (Sentándose.) Es posible.

GEN. Pues mira, querido, te ruego me leas todo de un tirón, sin dejar nada para de sobremesa, pues acostumbras á darme unos postres que me cuestan una indigestión.

CAR. Lo de hoy es muy corto. (Disponiéndose á leer.) Se titula «El hijo abandonado».

GEN. ¡Qué ocurrencia!

CAR. Escuche usted (Empieza á leer.)

¡Qué angustiosa es la orfandad!
¡Cuánta amargura y quebranto!
En mis ojos, todo llanto,
en mi vida, soledad.
Nadie me presta consuelo,
no he conocido á mi padre,
ni el cariño de mi madre
jamás ha visto mi anhelo.
Solo un desgraciado soy,
solo en mi dolor profundo,
solo vago por el mundo,
solo estando donde voy.
Mis padres me abandonaron
sin quererme recoger;

mas si me dieron el ser,
¿por qué de mí se olvidaron?
¡Si yo pudiese encontrar
á mi madre! ¡Oh, madre mía!
Sólo por verte daría
cuanto puedo ambicionar.
¡Cuán hermoso debe ser
tener madre á quien amar,
madre, poder pronunciar,
y un beso suyo tener.
Y en aqueste afán prolijo,
nacido del corazón,
oir con grata emoción
el dulce nombre de hijo.
¡Mas á qué ilusión tan bella
cuando tan solo nací,
cuando sin madre crecí
y me he de morir sin ella!
Y tal vez mi buena madre
fué víctima de su amor;
si le robaron su honor,
el criminal fué mi padre. (Pausa.)

GEN. Te has empeñado en hacerme perder la alegría y lo consigues. (Se limpia una lágrima.)

CAR. Pues no tiene nada de nuevo ni de particular. Lo que se ve á diario, por más que siempre deja un rastro de llanto, una estela de amargura, un continuo remordimiento.

GEN. ¡Caramba con el muchacho! ¿Pero de dónde sacas esas cosas?

CAR. ¡Cuántas veces se trasladan al papel impresiones vivas del alma! ¡Cuántas veces decimos lo que sentimos y sentimos lo que somos!

GEN. Cada vez te comprendo menos. Sólo sé que hoy has dejado en mi corazón una pena que me martiriza, que siento como jamás sentí, que me arañan aquí dentro (Señalando el pecho.) como si algo desease despertar después de largo sueño.

CAR. Tal vez algún recuerdo...

GEN. Sí, Carlos. Tus versos evocan en mi alma recuerdos que me martirizan. Siento y no sé lo que siento. Quiero llorar mucho y las lá-

grimas no acuden á mis ojos y me ahogan. (Se levanta.)

CAR. Ahora soy yo quien no comprende á usted. Veo que sufre, y de tal modo, que algo grande le pasa, pues mis versos no son suficiente motivo á tanta pena.

GEN. Sí. Un suceso que amarga mi alma, un remordimiento que aflige mi corazón.

CAR. ¡Remordimientos! Explíquese usted, por Dios.

GEN. No. Ahora, no. Respeta mi silencio, déjame. No ha mucho decías que el hombre es un abismo. No intentes ahora penetrar en el mío. Más tarde. Luego. Adiós. (Sale por el foro derecha con precipitación.)

CAR. No puedo comprender esta brusca mudanza del general. Tal vez algún recuerdo de su vida de joven... En fin, ello dirá. (Pausa.) Flora; pobre niña, sin conocer los embates de la vida. Todo pureza, armonía, inocencia. Sus inocentes frases me consuelan, á su lado sufro menos; sin desearla, la necesito. Esto es amor ó sueño poético de mi calenturienta imaginación. Amor ó Poesía, sueño ó realidad... Es preciso romper esta situación que me mata.

## ESCENA VIII

CARLOS, TERESA y FLORA, foro

TER. Aquí tienes á Flora.

FLORA ¿Qué quiere usted, señorito?

CAR. Acércate, y tú, mi buena Teresa, déjanos. Ya te avisaré para el almuerzo.

TER. (Aparte.) Cada vez entiendo menos lo que sucede. (Mutis izquierda, primer término.)

CAR. Escucha, Flora, y contesta á mis preguntas sin temor. ¿Has sentido amor por algún hombre?

FLORA ¿Y qué es amor? (Con ingenuidad.)

CAR. Amor, si es puro, si en el alma existe
sin descender á pensamiento innoble,

es brisa fresca, aroma delicioso
que extasía con plácidos ensueños.
Todo es grande, sublime, incomparable,
magnético atraer que hechiza al alma;
efluvios de un sentir que no se explica;
rayos de un sol que brilla majestuoso;
es néctar delicioso que adormece,
es tul por tras el cual se admira el cielo,
es angélico son de endecha bella,
es linda poesía arrobadora,
es continuo gozar de la ventura,
es no sufrir jamás de amarga pena;
todo esto es amor puro, Flora mía,
lo demás es deseo, ilusión, nada.

FLORA ¡Qué cosas más bonitas ha dicho usted!

CAR. Sí, angelical niña; es el amor una especial afección que nos arrastra hacia otro ser con predilección á los demás. Que gozamos, si él goza; sufrimos, si él sufre; deseamos estar á su lado para llorar ó reir con el objeto amado, en fin, un deseo constante de verle, un recuerdo continuo cuando no le vemos.

FLORA (Alegre y con naturalidad.) Toma, toma, si eso es amor, yo amo á usted mucho, señorito, porque me pasa todo eso.

CAR. (Aparte.) ¡Qué ángel de candor!

FLORA Yo creía que eso era agradecimiento, gratitud; pero como cambian los nombres á todo, resulta que es amor. Antes le decía yo á mi padre: Cuánto agradecimiento le tengo al señorito. Ahora le diré: ¡Ay! padre, ¡cuánto amor le tengo al señorito! Y es más bonito así. Ya decía yo, cuando leo en mi devocionario «Amor á Dios», que me gustaba eso; pero creí que sólo para Dios era. Ahora es otra cosa. Ya verá usted qué bien lo digo: (Con importancia.) Señorito Carlos, amo á usted con toda mi alma. ¿Eh, qué tal?

CAR. ¡Oh inocencia celestial, consuelo de mi corazón! Y dime, Flora; si yo faltase y otro dueño fuese tu amo y te colmase de las mismas atenciones que yo, ¿le tendrías el mismo amor?

FLORA (Triste) No diga usted eso ¡Faltar! ¿Y quién había de querernos como el señorito Carlos?

CAR. Pero ponte en el caso que faltase, me muriese...

FLORA No creo tendría tiempo de sentir eso por otro; pues me faltaría para llorar sobre la tumba de usted, para recordarle, puesto que amor es, según dice usted, un continuo recuerdo, cuando no vemos á quien se ama.

CAR. (Con pasión.) Flora, Flora mía, yo te amo, tú eres un ángel, tú me haces olvidar mis penas, eres el consuelo de mi alma, ámame tú. (La estrecha.)

FLORA ¿No le he dicho que amo á usted todo lo que puedo?

CAR. Pero más aún.

FLORA Si no puedo más...

CAR. Yo quiero que estés á mi lado sin separarte un momento, que alegres todos los instantes de mi vida, yo cantándote versos de pasión, tú arrullándome con tus caricias, y así, sólo así, seré feliz, así la dicha tal vez vuelva á mi alma entre amor y poesía.

FLORA ¡Qué cosas dice usted tan bonitas! Pero si estoy siempre á su lado, tendré que dejar las ovejas. Y además, ¿quién atenderá á mis padres?

CAR. Nosotros. Estarán á nuestro lado.

FLORA ¡Qué gusto! Se lo voy á decir. (Como si fuera á marchar)

CAR. Espera, ángel de candor. La luz cierta no penetra todavía en tu inocencia. (Llamando.) Teresa.

TER (Saliendo.) ¿Qué te ocurre?

CAR. Anda, Flora, espera á Teresa en el pradillo de la fuente que en seguida irá á tu lado.

FLORA Como usted quiera. (Entrando izquierda segundo término.) ¡Qué gusto!

TER. ¿Qué pasa, hijo?

CAR. Que al fin mis penas encuentran alivio. Deseo que Flora sea mi mujer.

TER. ¿Tu esposa?

CAR. Sí, la adoro con toda mi alma.

TER. Siendo así... Yo solo deseo tu dicha...

CAR. Sólo que Flora todavía no conoce bien mi deseo. Es inocente y pura y precisa que tú la prepares sobre el paso que va á dar.

TER. ¿Luego no le has dicho que quieres hacerla tu esposa?

CAR. No ha podido comprenderlo. Ella me quiere, pero con afecto de gratitud, de simpatía.

TER. Pronto lo comprenderá. Yo la prepararé.

CAR. En ti confío.

TER. Descuida. (Mutis izquierda segundo término.)

CAR. Al fin. Aun puedo ser feliz Mis penas aun pueden ahogarse con ese amor puro y santo. La obscuridad de mi nombre no será obstáculo á mi dicha. Gracias, Dios mío. (Mutis derecha primer término.)

## ESCENA IX

GENERAL por el foro derecha, después ANICETO

GEN. La duda me atormenta. No sé qué presentimiento se agita dentro de mi corazón. (Pausa.) ¡Si fuese ella!... Y Aniceto que no lo encuentro.

ANIC. (Foro.) ¿Da usía su permiso?

GEN. ¡Gracias á Dios! Te andaba buscando.

ANIC. Fuí á llevar el caballo al sotillo y vengo porque el señorito me mandó volver.

GEN. Pues yo te busqué por la huerta, pero ya estamos solos. (Con resolución.) Oye, Aniceto. Sácame de una duda que me mata. Me digiste no há mucho que Flora no era tu hija. ¿Cuánto tiempo hace que la recogisteis?

ANIC. El mes de Septiembre hará dieciocho años.

GEN. ¿Y no supiste qué fué de su padre?

ANIC. Jamás supimos de él.

GEN. ¿Y algún dato?...

ANIC. Verá usía. La madre de Flora, que era una muchacha hermosa y cándida, salía á cuidar las ovejas á un pradillo que hay en el montecillo de Urzante, junto á la carretera de Tudela.

GEN. (*Con afán.*) Sigue.

ANIC. De esta ciudad acostumbraba á subir paseando á caballo un militar, el cual vió á la madre de Flora, se prendó de sus encantos y con mentiras y engaños, haciéndola creer la haría su esposa, consiguió introducirse por la noche en la modesta casa de aquella infeliz, situada en los extramuros de Ablitas, donde vivía con su madre enferma...

GEN. (*Interrumpiendo á Aniceto y con tristeza.*) La pobre Nicolasa...

ANIC. (*Sorprendido.*) ¿Conoce usía su nombre?

GEN. Sí, Aniceto. El villano robó una noche la honra á su víctima, y desapareciendo no se acordó más del daño que había causado.

ANIC. No creía á usía tan enterado.

GEN. Aquel miserable, buen Aniceto, aquel oficial, es hoy general, y lo tienes delante de ti.

ANIC. (*Con gran sorpresa.*) ¿Usía el padre de Flora?

GEN. Sí, yo, que al cabo de diez y ocho años, Dios toca en mi conciencia, y ya que no pueda devolver la honra y vida á la pobre Nicolasa, al menos recogeré á mi hija, le daré mi nombre y mi fortuna y que aquella mártir y Dios me perdonen.

ANIC. (*Triste.*) Casi siento la haya usía encontrado.

GEN. ¿Lo sientes?

ANIC. ¿Qué haremos ahora sin ella?

GEN. Sois sus padres; no os separaréis de nuestro lado.

ANIC. Dios perdonará á usía y le hará dichoso, y puesto es usía el padre de Flora, tengo que cumplir la última voluntad de la desgraciada Nicolasa.

GEN. No te entiendo.

ANIC. ¿Recuerda lo que la noche fatal dejó usía sobre la mesa del cuarto?...

GEN. (*Interrumpiendo.*) Creo que un bolsillo con algún dinero.

ANIC. Así es. Pues ese bolsillo, tal como lo dejó usía, me lo entregó Nicolasa al morir, diciéndome que si algún día parecía el padre de Flora se lo entregase.

GEN. ¿Y tú lo conservas?

ANIC. Como una reliquia. ¿Usía lo conocería?

GEN. Creo que sí. Además, recuerdo que llevaba mis iniciales F. G.

ANIC. No cabe duda. Esas iniciales lleva.

GEN. Ahora, Aniceto, busquemos á mi hija; no puedo resistir más el deseo de tenerla en mis brazos. ¡Y pensar que la he tenido tan cerca!

ANIC. Primero hay que prepararla. Podría impresionarse demasiado...

GEN. Corre, pues, buen Aniceto, no te detengas y procura traerla pronto á mi lado.

ANIC. (Mirando hacia la izquierda.) No hay que andar mucho para encontrarla. Allí está con Teresa en el pradillo de la fuente. Voy á su encuentro y así que sea oportuno llamaré á usía.

GEN. Te acompaño y quedaré oculto mientras tú hablas con ella.

ANIC. No cometa usía alguna imprudencia.

GEN. Descuida. Procuraré dominarme.

ANIC. Cómo ha de ser. (Mutis izquierda segundo término.)

## ESCENA X

CARLOS por la derecha primer término

Por fin realizo mis sueños. Sólo una mujer como Flora podía compartir conmigo su existencia. No tengo nombre, ni ella tampoco. Así nadie podrá echarme en cara la historia de mi vida. Los dos somos hijos del crimen; los dos crearemos una familia, ya que ninguno de los dos la tenemos. Aquí se deslizará tranquila la vida sin que nadie pueda comprender el misterio que nos rodea.

## ESCENA XI

CARLOS y LORENZA por el foro

LOR. Buenos días, señorito.

CAR. Hola, Lorenza. ¿Qué te trae por aquí?

LOR. Que han venido los fruteros y ando buscando á Aniceto para empezar á pesar la fruta.

CAR. No debe andar lejos.

LOR. Yo creí si estaría aquí y vine á buscarlo. Y Flora tampoco sé por donde anda.

CAR. Flora está con Teresa en el pradillo de la fuente. Están tratando de un asunto que á todos nos interesa.

LOR. No le comprendo á usted.

CAR. Lorenza, no dudo que algo te ha de sorprender la noticia, pero tienes que saberla. Me caso con Flora.

LOR. ¡Ave María!

CAR. ¿Te extraña, verdad?

LOR. ¡Ya lo creo! Usted, nuestro amo, lleno de riquezas, de tan buena familia, casarse con una pobrecita, y además...

CAR. (Interrumpiendo.) Estoy enterado de la historia de Flora.

LOR. ¿Conque ya sabe usted?...

CAR. Todo. Aniceto me lo dijo, y esa circunstancia es la que más me agrada.

LOR. Ahora comprendo menos.

CAR. Ni es preciso lo comprendas. Confórmate con saber que me caso con Flora.

LOR. Usted es el amo. De todos modos crea usted que Flora merece ser dichosa. Es un ángel.

CAR. Lo sé también, y su candor y bondad, unido á su desgraciado nacimiento forman el sueño que yo anhelaba realizar.

LOR. Ahora nosotros nos quedaremos solos. (Triste.)

CAR. Seréis siempre los padres de Flora. Viviremos juntos. Yo no pienso salir de aquí.

LOR. No sabe usted, señorito, la alegría que me da usted. Si Flora fuera mi hija de verdad, no creo la podría querer más de lo que la quiero. Y ella me quiere como á madre, pues cree que lo soy.

CAR. ¿Nunca le habéis dicho nada?

LOR. Ni una palabra.

CAR. Mejor. Así os conservará el mismo cariño.

LOR. (Mirando hacia la izquierda.) Pero mire usted, señorito. (Carlos se levanta y mira.)

CAR. (Con gran sorpresa.) ¡El general abrazando á Flora! ¡Ella se abraza al cuello del general!

LOR. Y todos lloran.

CAR. (Con pena.) ¡Qué quiere decir esto! ¡Qué nueva desgracia me amenaza!

LOR. Mire usted, el general y Aniceto se abrazan.

CAR. (Sentándose emocionado.) ¡Ay, Lorenza, qué presentimiento! ¡Veo mi soñada dicha amenazada!

LOR. ¿Cree usted que el general se haya enamorado de Flora?

CAR. En otro caso nada tendría eso de particular. Es peor lo que temo. (Queda meditando.)

LOR. A fe que no entiendo ni una palabra.

CAR. (Levantándose con resolución.) Salgamos de dudas; vamos allí. (Dirigiéndose hacia la izquierda.)

LOR. Ellos vienen.

CAR. (Sentándose con desasosiego.) Esperemos y Dios me asista.

LOR. ¿Se pone usted enfermo?

CAR. (Procurando serenarse.) No es nada, Lorenza. Un ligero vértigo.

LOR. (Mirando hacia la izquierda.) Ya llegan.

## ESCENA XII

TODOS

GEN. (Alegre.) Me alegro, que estés aquí. Tengo que darte una noticia que te va á sorprender y mucho.

CAR. Tal vez, general, se equivoque usted y lo que

celebro es ver á usted tan contento, pues me preocupó su repentina salida.

GEN. En efecto; estaba violento, afectado. Tus versos me hicieron mucho daño; después han servido para darme la tranquilidad. Soy feliz.

CAR. Siempre lo fué usted.

GEN. Creía serlo. Hoy es cuando realmente lo soy. El hombre es un abismo. (*Marcado.*)

CAR. Pero sepamos la noticia.

GEN. (*Tomando á Flora de la mano.*) Te presento á mi hija.

CAR. (*Con tristeza.*) ¡Flora, su hija de usted!.

GEN. ¿Lo sientes? ¿Te extraña?

CAR. Extrañarme, no. Es la historia de siempre. Comprendo ahora el efecto que causaron á usted mis versos. Feliz de usted que remedia el daño. Feliz ella, que encuentra á su padre. (*Con amargura.*) En cuanto á sentirlo, sí lo siento, porque siendo Flora su hija se opondrá usted á que me case con ella.

GEN. Me sorprendes. ¿Yo oponerme? ¿Por qué?

CAR. Porque los versos que le he leído son fiel reflejo de una historia. El protagonista soy yo.

GEN. ¿Tú?

CAR. Murió la que yo creía mi madre, y al poco tiempo víctima de su dolor, dejó este mundo el que por padre consideré siempre. Las frases postreras de aquel anciano me revelaron mi triste historia Yo era hijo de un amor impuro. Aquellos nobles ancianos que no tenían sucesión y que me habían recogido del arroyo, me criaron, me prestaron su nombre, me educaron y al morir me legaron su fortuna.

GEN. ¿Y cómo el que tú y todos creíamos tu padre, mi amigo del alma, nunca me relató tu historia?

CAR. Era tal la nobleza de sus sentimientos, tal la grandeza de su alma, que jamás quiso descubrir á nadie el secreto de mi vida.

GEN. ¡Conocía el mundo!

CAR. Por esto mi temor de que Flora no llegue á ser mi esposa. Ella encuentra á su padre.

Tiene nombre propio. Yo no puedo ofrecer más que un apellido prestado.

GEN. ¿Y qué culpa tienes tú, ni tiene Flora, de las liviandades de los hombres? Venid á mis brazos. Sed felices. (Se abrazan.)

CAR. ¡Gracias! Dios se lo pague.

FLORA (Abrazando al General.) ¡Padre mío!

GEN. Los que fuimos malos debemos procurar terminar como buenos.

TER. ¡Qué alegría!

ANIC. ¡Quién lo había de decir!

LOR. ¡Bendito sea Dios!

GEN. ¡Flora, hija mía! ¿Me querrás mucho?

FLORA ¿Cómo no, si es usted mi padre?

ANIC. ¡Es un ángel!

GEN. (A Carlos.) Ahí la tienes. Sed felices. (El General llora.)

CAR. (Estrechando á Flora.) Gracias, Dios mío. Y á ser dichosos.

Que yo quiero vivir, vivir cantando,
ya que siempre he vivido suspirando.

(Telón pausado.)

FIN DE LA COMEDIA

Precio: UNA peseta